

SOBRE LA CORRUPCION Y POSIBLE RUINA DEL IDIOMA

por ADOLFO ALVIAL

Se sostiene con razón que el idioma es una cosa viva, que evoluciona y se transforma a través de las épocas; pero esta afirmación corre paralela a otra verdad raras veces advertida, y es la referente a la corrupción del idioma.

El idioma español fue enriquecido con la inclusión de voces americanas empleadas hoy en el hablar corriente; luego la ciencia, la técnica y hasta el arte pusieron su contribución a la ampliación del lenguaje o, por mejor decir, agregaron palabras nuevas para mencionar una máquina, las piezas de la misma y el significado —en palabras— de su servicio e importancia. La revolución de un sistema y la modificación de costumbres trajeron a la vida nuevas voces que no solamente significan el nacimiento de substantivos, sino de adjetivos para poder expresar con propiedad las cualidades derivadas de los descubrimientos e invenciones.

Como inventos y descubrimientos ampliaron el campo de la vida, nacieron nuevos verbos en el orden de los hechos. Asimismo, el fenómeno se ha presentado en el orden de las ideas. La renovación sigue su marcha en el pensamiento, robusteciendo conceptos, modificándolos, perfeccionándolos y ya las palabras quedan cortas o rezagadas. Nacen nuevas expresiones técnicas en el campo de la filosofía y de la psicología, y hasta en lo abstracto aparecen nuevos términos técnicos.

Estas nuevas voces, por lo general, no son creaciones propiamente tales porque arrancan de raíces conocidas. El idioma es arrastrado por la dinámica social, técnica y científica de la época. Se le empuja a formar en las nuevas filas del avance de la civilización y del arte. Junto con ello muchas palabras han quedado en desuso porque ya no expresan cosas y objetos desaparecidos.

El simbolismo de la poesía ha modificado el sentido de muchas expresiones, las ha ampliado, pero por ello no han perdido su valor primitivo o, mejor dicho, su partida de nacimiento. La palabra queda como un recuerdo de una cosa que tuvo vida.

Y es de notar la existencia de muchas palabras con pasado en pleno uso aun cuando con ellas se menciona una cosa diferente. Por ejemplo: la *caña* del timón. Desde hace por lo menos dos siglos la caña fue reemplazada por la rueda del timón; y hoy es apenas una ruedecilla. Quedó la impronta de la palabra al igual que muchos términos náuticos. La palabra cablegrama, o cable, nació al tenderse el cable sumergido en el Atlántico para la comunicación telegráfica entre Euro-

pa y América. El cable todavía existe, pero las comunicaciones se envían por radiotelegrafía. Quedó la palabra a firme y nadie se preocupa si responde efectivamente a un hecho real.

La corrupción

El empleo erróneo dado en la prensa y hasta en la literatura a muchas palabras constituyen los signos evidentes de la corrupción del lenguaje. Esta corrupción alcanza hasta las formas gramaticales.

Nos encontramos frente a la invención de palabras innecesarias porque no enriquecen el idioma, no amplían los conceptos que encierran, sino que, por el contrario, lo desvirtúan.

Son palabras de mal gusto, obra de la ignorancia, o empleadas con el deseo de exhibir una novedad. Citemos algunas: homenajear y homenajead; galardonar y galardoneado, y esta última: enfatizar. En el primer caso, la palabra justa es festejado, porque con el mismo criterio de quienes han pretendido innovar se podría decir onomasticado. En el tercer caso citado, por abreviar, se emplea una palabra que no es castellano. Si no se desea decir "puso énfasis" para economizar una palabra, bien se puede decir subrayó, recalcó, acentuó. El idioma español es muy rico en palabras para caer en disparates citados de las personas poco aficionadas a meditar antes de escribir.

Dice Charles Bally en *El Lenguaje y la Vida*: "La vida y el lenguaje nos dan en igual medida la imagen de una organización; más exactamente de algo que tiende a organizarse sin llegar jamás a ello. Ahora bien, todo este esfuerzo de organización reposa sobre una operación intelectual. Hay, pues, una inteligencia en el corazón de los fenómenos del lenguaje, como la hay en los fenómenos de la vida".

Más adelante agrega: "Todo el que actúa y expresa su actividad interior por la palabra, para comunicarla a los otros o para imponerla, tiene necesidad de analizar y de ordenar su pensamiento".

De lo anterior se desprende una verdad innegable que, por desgracia, parece ser ignorada u olvidada al escribir en la prensa y hasta en el libro. El empleo de palabras equivocadas para señalar un hecho o una circunstancia revela que, al escribirla, no se llamó en socorro a la inteligencia. Y es el mismo caso cuando se recurre a la invención innecesaria de términos sin reparar que

la palabra adecuada existe en el idioma. Ante la pobreza de conocimientos idiomáticos se recurre a la invención. El procedimiento es conocido en otro campo de la vida.

Abuso y majadería

Corrompen el idioma quienes insisten en llamar micro a un vehículo de transporte colectivo. Se puede alegar que la palabra es aceptada por el uso; pero a esto se responde que existe el buen uso y el mal uso. El buen uso está en boca de la gente culta y bien educada; el mal uso en la del burdo e ignorante.

Es despreciar sin razón alguna las reglas gramaticales cuando se dice y se escribe "en base a...", "a celebrar-se", "a objeto de...".

Se corrompe el lenguaje con los galicismos y barbarismos, y a esto se agrega el empleo sostenido de las palabras utilizadas en el lenguaje de prensa para la emisión y recepción de un mensaje cablegráfico. De ahí vienen las palabras homenajear, galardonar y otras. El lenguaje cablegráfico lo conocemos por haberlo empleado profesionalmente. Así conocemos, por ejemplo, la frase "avionamos fotos", para comunicar el envío de fotografías por vía aérea. El verbo avionar no existe, pero no faltará un periodista capaz de emplearlo.

Se abusa periódicamente del empleo de algunas palabras por haberse pegado en la mente de algunos periodistas. Suenan como muletillas, entre las que se destaca "flamante" cada vez que es necesario citar a un político o funcionario de categoría, no sabemos si por elogiarlo o zaherirlo. A veces da la impresión de haber sido empleada con ironía o mofa: "La famosa estrella del cine X. X. y su flamante esposo". "El flamante intendente de tal provincia".

Otra palabra es "sendos". Examinemos la frase: "En la manifestación varios oradores pronunciaron sendos discursos". No hablaron todos, y sendos quiere decir uno o una para cada cual. Y esta otra: "Se bebieron sendas copas de vino". No se sabe si se ha pretendido indicar muchas copas o copas de tamaño grande. Pero *sendas* no es plural. La palabra es senda, y significa camino.

La más arraigada es la palabra criollo. El criollo desapareció con la independencia de la nación porque los españoles nacidos en los países de América pasaron a ser ciudadanos de cada estado libre. Pero se dice muy a menudo el fútbol criollo, la política criolla, el socialismo o comunismo criollo. Nada de lo existente en nuestro país es criollo. Es chileno. La palabra se emplea para mortificar, para desmerecer la posición de determinados partidos políticos, para empequeñecer lo nuestro. Si la intención no es aviesa, denota ignorancia de quienes escriben.

En el mal hablar pueden ser disculpadas las personas que improvisan en la animación de programas de radiotelefonía y televisión por aquello de caer de manera inconsciente en el hablar del vulgo, en ese hablar común que desarticula el sistema gramatical.

Una lengua, en el hablar corriente, va siendo sin cesar roída y está amenazada de ruina por la acción de las leyes de la fonética. Si observamos el modo de pronunciar algunas palabras de la gente que llamamos pueblo, notamos la desinencia, fenómeno ya conocido en el idioma francés desde hace siglos, y de ahí las terminaciones con letras mudas en la escritura.

En nuestro idioma no ocurre lo mismo, pero su destrucción tiene su origen en la intercalación de giros foráneos, mal traducidos, cuyos trasplantes comprometen las formas gramaticales. Si en el libro y en la prensa abundan los galicismos y barbarismos, el pueblo se apropia de ellos atraído por la novedad y los incorpora al hablar corriente. Así la lengua pierde su "genio", su riqueza natural, su noble herencia, para convertirse en bastarda.

Es increíble el desprecio a nuestra lengua materna, con lo que se olvida que ella forma parte de nosotros mismos, es inseparable, está en el pensamiento y hasta en el corazón.

Sabemos que los destinos de una lengua no dependen de la voluntad humana, porque su evolución se realiza inconsciente y colectivamente. La voluntad humana la puede perfeccionar o corromper. Y la mejor forma de corromperla está en el reemplazo de palabras escritas en otros idiomas o escuchadas con un acento que nos resulta novedoso. Es la atracción de lo fonético.

La mala copia

Asistimos a una transformación del idioma cuyo síntoma puede ser atribuido al progreso. Pero progreso es una creencia, una realidad difícil de definir. Sólo existe la fe en el progreso como una necesidad vital.

Si aplicamos la palabra cambio, advertiremos que nada puede cambiar sin poner algo de nosotros mismos. Cambio es progreso y regresión. ¿Cuál es la verdad? Si examinamos nuestro idioma no encontramos qué es lo condenado al cambio. Si nos atrae el fonetismo de otras lenguas, es de mal gusto porque la musicalidad del idioma español sólo tiene como adversario el italiano, y no es precisamente el idioma de D'Anunzio el elegido por los partidarios de los extranjerismos.

Tampoco se puede hablar de creaciones porque el lenguaje, por definición, no conoce creaciones, como quiera que siempre se encuentra un modelo como punto de partida. La creación no es de palabra suelta, sino de frase. Las novedades impuestas —por llamarlas así— son

meras copias, y está probada nuestra inclinación a copiar lo peor al igual que las costumbres.

Es la moda de festinar el lenguaje con palabras en boga en otras latitudes, allí donde imperan mentalidades, fenómenos y problemas desconocidos entre nosotros. Y no son palabras creadas, sino siglas. Llegamos, pues, a una de las varias raíces del fenómeno: las siglas. Conocemos desde hace años el lugar de su nacimiento. Es la abreviatura para ganar tiempo, pues ese tiempo así ganado en el hablar y en la escritura se emplea en los negocios.

Hay siglas reducidas a una sílaba, tales como *op*, *top*, *in*. Ya no son palabras sino voces de sonido rápido con un curioso e inquietante parecido a las lenguas primitivas. Atraen por la tendencia de los hablantes de acortar las palabras, como por ejemplo: auto, cine, metro, trole. Por lo general, el significado de las palabras antes citadas, y ya universales, no es conocido en su exactitud. Si bien no es posible remediar la tendencia a la economía de sílabas, nada autoriza su empleo en la literatura. La lengua literaria es una forma de expresión que se ha vuelto tradicional; es un residuo, una resultante de todos los estilos acumulados a través de las sucesivas generaciones, el conjunto de los elementos literarios que la comunidad lingüística se ha asimilado, y que forman parte del fondo común. Tiene valor social, es símbolo de distinción, de buenas maneras inte-

lectuales, de educación superior. Se diferencia del lenguaje mercantil y administrativo, del tecnicismo científico y del relato deportivo.

No solamente de un idioma extranjero —digamos del mal inglés hablado en Estados Unidos— nos llegan palabras para el consumo diario de la prensa, sino también algunas palabras francesas, como *boutique*, y ya hay tiendas que la han puesto de moda. Es indudable que la siutiquería juega un importante papel en esto de la corrupción del idioma.

Llevamos camino de perder nuestro idioma, de convertirlo en una cosa híbrida por la mezcla de otras voces.

Nos resistimos a encontrarle razón al profesor de una Universidad de Estados Unidos, Herbert Marshall MacLuhan, de nacionalidad canadiense, dictando clases y conferencias. Se le llama el sabio o profeta del porvenir por haber lanzado curiosas teorías. Propugna la educación visual; los libros quedarán atrás; mandará el ojo, y como maestro, la televisión. No importa el lenguaje porque a los niños los atraerá la imagen.

Su profecía puede cumplirse si ha de imponerse la mala literatura y el mal escribir cotidiano en la prensa, porque el periodismo es una forma de literatura. Al entregársele un idioma desarticulado a los lectores vendrá la ruina del lenguaje, o bien el advenimiento de un nuevo idioma, un idioma universal.

LIBRARSE DE LA CONFUSION

La actividad del conocimiento consiste en librarse de la confusión, de la maraña, como quien intentara despertar constantemente, desasirse del embotamiento de sus miembros, soltarse del engarrado de viejas percepciones. Pero algunos diríase que pretenden enredarse más en la maraña, sumirse más aún en la confusión. No se puede ser lo bastante sutil, ni se puede ser lo bastante sencillo.

Bastante sutil porque las cosas lo exigen; bastante sencillo porque nuestra existencia y nuestros actos nos lo imponen.

PAUL VALÉRY